

El hombre que pensaba en párrafos

Bertrand Arthur William, tercer conde Russell (1872–1970)



Por M. E. Orellana Benado*

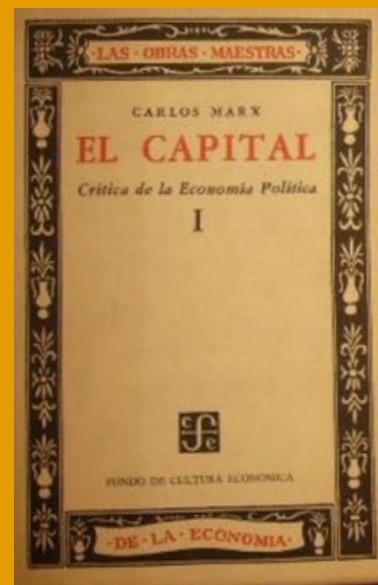
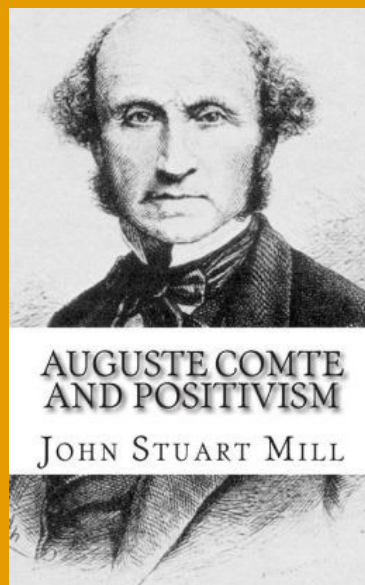
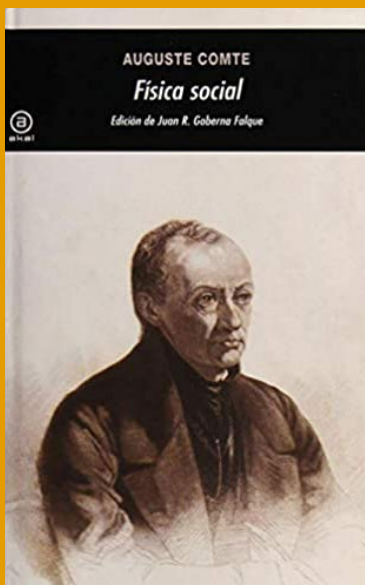
Para muchos de quienes nacieron en la segunda mitad del siglo 20, Bertrand Russell fue el intelectual “progresista” más admirado de la juventud. Confieso de entrada que pertenecí a ese club. Este filósofo, lógico, matemático, historiador y activista político descendía de una encumbrada familia inglesa, cuyo fundador fue ennoblecido en 1539, durante la época Tudor, cuando Enrique VIII confiscó las propiedades de la Iglesia Católica Apostólica Romana (la “disolución” de los monasterios que fue, en rigor, la primera reforma agraria de la modernidad) y creó la Iglesia Anglicana con sede en Londres.

Lord Russell quedó huérfano de padre y madre a los cuatro años y fue criado en el Pembroke Lodge de Richmond Park por su abuela, cuyo marido, el primer conde Russell, se desempeñó dos veces como primer ministro de la Reina Victoria. Fue educado por tutores privados en su casa hasta ingresar a la Universidad de Cambridge donde estudió matemática. Tuvo varios matrimonios, dejó descendencia biológica y literaria, quiero decir, muchos libros y ensayos.

Sus admiradores lo identificaban con el “progresismo”, un término vago, pero imprescindible para

* Profesor asociado de Filosofía del Derecho en la Universidad de Chile. Doctor en Filosofía (U. de Oxford 1985), Licenciado en Ciencias (U. de Londres 1981). Autor de *La academia sonámbula*. Ensayo sobre la institución universitaria chilena al culminar su cuarto siglo (Orjikh 2019).





hablar con provecho de la escena intelectual y política a partir del siglo 19. Me refiero a ese rango abierto pero acotado de posiciones decimonónicas surgidas luego de cuatro siglos de golpes que demolieron el tomismo, la monumental catedral del pensamiento que comenzó a construir Tomás de Aquino en el siglo 13, una argamasa de textos bíblicos y textos aristotélicos que, en los siguientes dos siglos, sus discípulos convirtieron en la médula de la cultura occidental; es decir, dejemos de lado la hipocresía del cristianismo en su versión católica apostólica romana. El primer golpe de esta demolición fue la llegada a América de Colón en 1492, para ser precisos, de su principal consecuencia intelectual: el “descubrimiento de América”. Ya en 1507, el mapa de Waldseemüller usa ese nombre y muestra separadas de Asia unas tierras nuevas, el nuevo mundo, del que nunca habla ni la Biblia ni Aristóteles, y cuyas ciudades eran en esa época más pobladas y ofrecían mejores condiciones de salubridad que las de capital europea alguna.

Así se inició el proceso que llevó a los “progresistas” a romper con y a alejarse del tomismo. Para tales personas (evito decir “ellos” para no irritar a algunos de mis lectores) entender el mundo en que vivimos no supone conocer las verdades reveladas del judeocristianismo ni las supuestas verdades empíricas descubiertas o recopiladas por Aristóteles sino, más bien, los descomunales logros del método experimental. La ciencia experimental (gracias a la matemática, que es su lenguaje) sería, en rigor, la única fuente de conocimiento genuino.

Tres filósofos representarían a los profetas mayores del “progresismo” en el siglo 19. En orden temporal inverso, un apostata judío alemán convertido al luteranismo, Karl Marx (1818-1883), el abuelo del comunismo; un medio escocés nacido en Inglaterra: J. S. Mill (1806-1873), a quien, sin querer ofender a nadie, llamaría “el padre del feminismo”; y el francés August Comte (1798-1857), el *padrino* del positivismo. Este último profeta del “progresismo” tuvo poderosos seguidores en América, para comenzar en México durante el Porfiriato, según ha documentado el pensador mexicano Leopoldo Zea. Luego en Brasil que, cuando pasó de imperio a república, recogió en su bandera (parte de) su fórmula “Orden y Progreso”. E incluso en Chile con los hermanos Lagarrigue, Valentín Letelier y José Victorino Lastarria. Tales son las raíces de la familia de posiciones “progresistas” en economía, derecho, historia, moral, política y sociología.

Progresismo

El “progresismo” tiene su formulación canónica en la ley de los tres estadios, propuesta por Comte, la que gobernaría el surgimiento de la verdadera ciencia, la ciencia positiva. En el estadio inicial, que denomina “teológico”, por conocimiento se entiende investigar, primero, quiénes sean (animismo y politeísmo) y luego Quién sea (monoteísmo) el responsable de los fenómenos naturales, es decir, los fenómenos astronómicos, biológicos,



eléctricos, físicos, gravitacionales y químicos. Una vez identificado este responsable, correspondería alabar y obedecerlo, la única manera de construir el reino de Dios en la Tierra. Superada esa etapa, adviene el estadio metafísico o filosófico, cuando por conocimiento se entiende saber. Por Qué tales fenómenos ocurren, es decir, identificar cuáles sean sus causas.

En el relato de Comte, de la mano del inglés *sir* Isaac Newton (“una gloria para la humanidad”, según reza su lápida en la Abadía de Westminster) la física se convierte en la primera disciplina en alcanzar el estadio positivo. Interrogado acerca de cuáles serían las causas de la gravedad *sir* Isaac responde: *hypotesis non fingo*, no imagino hipótesis (acerca de cuáles sean las causas ocultas de este fenómeno). El conocimiento se entiende solo en términos de leyes que señalan cómo se relacionan las cantidades que son observables, medibles, que permiten predecir el curso futuro de los fenómenos naturales y así ganar poder. Eso y solo eso es conocimiento. La fuerza de gravedad, por ejemplo, es proporcional al producto de las masas y, de manera inversa, al cuadrado de la distancia que separa a dichas masas.

¿Por qué es la proporción inversa al cuadrado de la distancia y no al cubo de la distancia? Esa, responde el positivista, es una pregunta metafísica o filosófica. La ciencia positiva no pregunta *por qué*, la ciencia solo pregunta *cómo*. Todas las disciplinas estarían llamadas a seguir ese camino, el paso por los tres estadios, teológico y metafísico hasta llegar al positivo, cuando quedarían todas unificadas por reducción a la física: la química, la biología, la psicología, la economía y, por último, la “física social” o sociología, la ciencia que imaginó Comte. Así alcanzaríamos la única ciencia, la Ciencia Positiva Unificada, que reemplazaría al Único Dios de la etapa teológico-filosófica, la causa final.

El entendimiento positivista de la ciencia identifica a esta con el método experimental que sería inductivo y colaborativo, como anunció en 1620 el abogado y político inglés *lord* Francis Bacon en su libro *La Gran Restauración*. Esta sería la explicación de los inéditos logros de los siglos 19 y 20. Aquí está la fuente del prestigio intelectual de *lord* Russell. Porque si el conocimiento genuino, el que

surge del uso del método científico en las ciencias naturales, es la explicación última de todos los fenómenos –comenzando con el más vistoso fenómeno de los últimos tres siglos: que la población mundial haya aumentado de cerca de 700 millones de personas a más de 8000 millones–, antes de desaparecer y ser reemplazada por “la ciencia positiva” o ciencia unificada, la filosofía solo tendría que responder dos preguntas: 1. ¿qué son los números naturales? y 2. ¿Qué hace verdad a las verdades aritméticas?

Logicismo

Sin respuestas racionales a tales preguntas, la veneración del método experimental se parecería demasiado a la idolatría. Es decir, el positivismo sería una actitud de adhesión tan irracional como la creencia en la existencia del Viejito Pascuero o de un Creador del Mundo que es omnipotente, justo, misericordioso y providencial. Ambas serían meras fantasías que la razón entiende, pero que no merecen asenso racional. Russell respondió esas dos preguntas con el “logicismo”, una posición en la filosofía de las matemáticas. A saber, que la aritmética se reduce a la lógica matemática, disciplina que, junto a su maestro A. N. Whitehead y bajo la inspiración del matemático judeófobo alemán Gottlob Frege, el propio Russell desarrolló en *Principia Mathematica* (1910-1913) trabajo terminado poco antes de ser expulsado de la Universidad de Cambridge por oponerse a la Gran Guerra, el conflicto que, cuando el mundo volvió a vivir una conflagración de escala planetaria, fue degradado a la categoría de mera “Primera Guerra Mundial”.

Vale la pena detenerse un momento aquí. Y aquilatar que con Russell terminó la demolición del tomismo. Antes del golpe final y definitivo, el que sufrió en lógica a comienzos del siglo 20, este proceso contempló la ya mencionada refutación en geografía (una consecuencia, entre tantas otras, de la llegada de Colón a América en 1492); luego, en astronomía (por Galileo en 1609); en física (por Newton en 1687); en economía (por Adam Smith en 1776); y en biología (por Darwin en 1859). Con Russell y la lógica matemática, el



silogismo de Aristóteles, la lógica que usaba el tomismo, fue superado de manera definitiva y, por fin, terminó la edad media en esa disciplina o, para ser exactos, la antigüedad. Volvamos a las respuestas que Russell dio a las dos preguntas filosóficas que el positivismo dejó pendiente: 1. ¿Qué son los números naturales? y 2. ¿Qué hace verdad a las verdades aritméticas?

Los números naturales, según el logicismo, son conjuntos de conjuntos, y las verdades aritméticas son verdades lógicas; es decir, normas que orientan el desarrollo del pensamiento que busca la verdad y que, si ese es el objetivo, bien podemos siempre (es decir, *debemos*) respetar. El cero sería el conjunto de conjuntos que tienen una relación biyectiva con el conjunto vacío; el número uno sería el conjunto de conjuntos que tienen una relación biyectiva con el conjunto que solo tiene como elemento al conjunto vacío; y así de manera sucesiva con los demás números naturales. Que una relación sea biyectiva quiere decir que entre ambos conjuntos se puede establecer una relación uno a uno entre sus integrantes.

Cuando digo que cero es el número del conjunto de chilenas que hasta 2020 han viajado por el espacio exterior, estoy diciendo que entre ese conjunto y el conjunto vacío se puede establecer una función. Porque no hay chilenas que hasta 2020 hayan viajado por el espacio exterior y en el conjunto vacío tampoco hay nada. Los números son predicados de conjuntos, que se construyen a partir del conjunto vacío, la única cosa que existiría aun si nada existiera. En el principio fue el conjunto vacío.

Con este seductor acto de prestidigitación, Russell adquirió una reputación digna de un mago que, además, tenía orientación “progresista”. Los números naturales surgían del conjunto vacío. Es decir, aunque no existiera nada, los números naturales existirían. El sombrero era el conjunto vacío y de él surgían, uno a uno, los números naturales. La originalidad de esta respuesta asombró a las pocas mentes que, a comienzos del siglo 20, la entendieron. Parecía poner la piedra de toque en la bóveda positivista. La creación de la ciencia, por fin, había concluido.

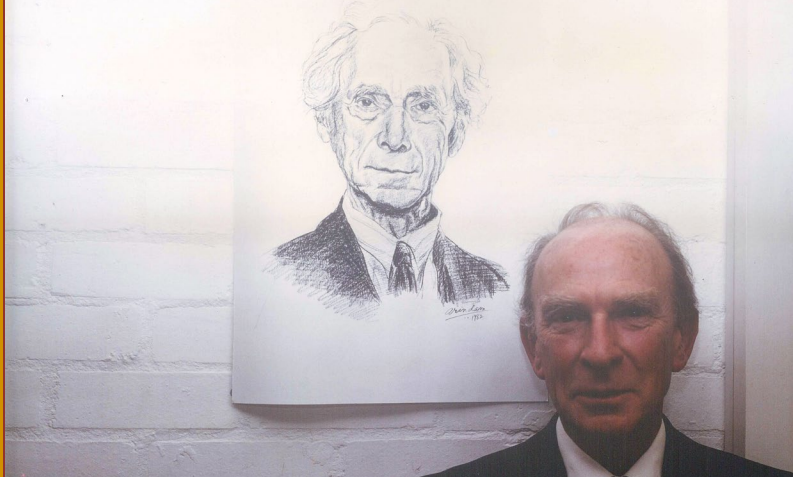
Intelectual Público

Lord Russell tuvo por padrino (en sentido “progresista”) a J. S. Mill, cuyo padre, el abogado escocés James Mill, fue amigo en Londres del abogado inglés y filósofo utilitarista Jeremy Bentham, que fuera protector del expatriado venezolano, más tarde vecindado en Chile, a quien la Enciclopedia Británica llama “el padre intelectual de América del Sur”: Andrés (de Jesús, María y José) Bello (López). Los progenitores de Russell (para no decir “los padres” y arriesgar ofender de manera innecesaria a personas cuyas convicciones, me parece, son dignas de ser tratadas con respeto, aunque sin perder por eso el sentido del humor), los vizcondes de Amberly, eran dos tempranos y aristocráticos partidarios del control de la natalidad, tan ateos como liberales. Estas estupendas personas (para no decir ni “ellos” ni, muchísimo menos, “él y ella”) pidieron a Mill que fuera padrino de su hijo, aunque sin pila bautismal ni ceremonia alguna. He aquí la conexión chilena con *Lord* Russell, porque J. S. Mill, su padrino “progresista”, en toda probabilidad, conoció a Bello en el círculo de Bentham del que él también era parte.

Sobre la base de sus descomunales logros en lógica y matemática Russell comenzó a encumbrarse hasta convertirse, en la primera mitad del siglo 20, en el principal intelectual “progresista” occidental, sucesor en ese papel de su padrino J. S. Mill, que lo desempeñó en el siglo 19; sucesor del inescrupuloso especulador, escritor y millonario francés conocido con el apodo “Voltaire” (1694–1778) que lo fue en el siglo 18, siguiendo los pasos del oxoniense John Locke (1632–1704), el abuelo de los intelectuales “progresistas” del mundo occidental, adalid del liberalismo y de la tolerancia religiosa en el siglo 17. Russell se opuso a la Gran Guerra y, mientras el *Führer* del Tercer Reich se fortalecía, se opuso también al rearme del Reino Unido, aunque luego cambió su posición y reconoció la legitimidad de haber luchado y vencido a Hitler.

Los libros de *Lord* Russell hicieron furor entre los “progresistas” de corte liberal durante la primera mitad del siglo 20. Sus títulos bastan para explicarlo: ¿Por qué no soy cristiano? (1927) y,





Caricatura de Russell y foto de Strawsson

treinta años después, ¿Por qué no soy comunista? (1956): “Estoy perplejo respecto a cómo personas que son bondadosas e inteligentes puedan encontrar algo digno de admiración en el gigantesco campo de esclavos que construyó Stalin”. En 1950 obtuvo el Premio Nobel de Literatura “en reconocimiento por sus escritos variados y significativos en los que defiende ideales humanitarios y la libertad de pensamiento”.

Presidió la Campaña para el Desarme Nuclear, la oposición a la tenencia de armas nucleares y su proliferación, a pesar de que las bombas atómicas que explotaron sobre dos ciudades de Japón precipitaron el fin de la segunda guerra mundial. La CDN, una institución que sobrevive hasta hoy, organizó protestas pacíficas: los “sit-in” en Londres, cuando británicos e inmigrantes (venidos de “territorios” que antes eran parte del Imperio Británico) se sentaban en las calles que rodean Trafalgar Square, que enfrenta al Palacio de Buckingham, para impedir la circulación de coches y del transporte público. Fue uno de los más destacados “pacifistas” del siglo 20. Con casi noventa años fue enviado a prisión, condenado por estas formas de protesta no violentas, con lo que el movimiento a favor del desarme nuclear recibió gran atención y múltiples adherentes.

Su discípulo más relevante en filosofía fue el millonario judío asimilado austríaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951), cuya filosofía tardía inspiró una devastadora crítica de su ensayo “On denoting” (1905), que presenta su teoría de las descripciones definidas, una contribución fundamental a la forja de esa peculiar esfera de prácticas filosóficas que, aunque sea un término vago, vale la pena saber reconocer como “la tradición analítica”. Me refiero al ensayo “On referring”,

publicado en 1950 por *sir* P. F. Strawson (1919-2006), catedrático de filosofía metafísica de la Universidad de Oxford.

En 1966 organizó el Tribunal Russell que juzgó al gobierno de los Estados Unidos por los crímenes de guerra cometidos por sus fuerzas armadas en Vietnam. A este esfuerzo se sumaron, entre otras destacadas personalidades, la filósofa feminista francesa Simone de Beauvoir, el polímata judío polaco Isaac Deutscher, el estadounidense y doble Premio Nobel Linus Pauling (Química y la Paz) y el escritor francés Jean-Paul Sartre, a quien su natural modestia llevó a rechazar el Premio Nobel de Literatura en 1964. La conjunción de todos estos factores convirtieron a *lord* Russell en el más destacado, idolatrado, reverenciado o venerado, (dígallo como menos le incomode) intelectual “progresista” de Occidente en el siglo 20.

Una tarde de febrero de 1970, mientras mirábamos el mar desde El Tabo, un compañero de liceo me contó que había muerto *lord* Russell, a quien ambos leíamos con admiración siempre creciente durante la adolescencia. Sufrí una enorme decepción de la vanidad. Ya nunca lo conocería en persona. Murió de 98 años. Con su gran sentido del humor, él había prometido a su editor enviar un suplemento a su autobiografía si llegaba a los 100.

Muchos años más tarde, frente a *sir* Isaiah Berlin, filósofo liberal conservador, un judío nacido en Riga y vecindado en Oxford, en su club de Londres, le pregunté cómo había logrado *lord* Russell escribir tanto. Su respuesta fue una ráfaga instantánea: “Es simple. Pensaba en párrafos”. 🔥

